Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

22 | 2021

¿Cómo se cuenta una vida? El retorno de lo biográfico en la literatura rioplatense contemporánea

El aura de Juanele: una reserva de sentido

L'aura de Juanele : un réservoir de sens

Juanele's aura: a reservoir of meaning

Carlos Battilana

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/10918>

DOI: 10.4000/lirico.10918

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Carlos Battilana, «El aura de Juanele: una reserva de sentido», *Cuadernos LIRICO* [En línea], 22 | 2021, Publicado el 11 marzo 2021, consultado el 16 marzo 2021. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/10918>; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.10918>

Este documento fue generado automáticamente el 16 marzo 2021.

Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

El aura de Juanele: una reserva de sentido

L'aura de Juanele : un réservoir de sens

Juanele's aura: a reservoir of meaning

Carlos Battilana

REFERENCIA

Ortiz, Juan L., *Obra completa*, Ediciones UNL/EDUNER, 2020, 1694 páginas (2 tomos).

1 La gravitación de la obra de Juan L. Ortiz en la poesía argentina es crucial. De aquella figura mítica, un poco etérea e invisible, se fue abriendo progresivamente el perfil de un autor del que hace bastante tiempo podemos disponer de sus textos en ediciones críticas anotadas. Ya no leemos a Juanele (para usar el apelativo con el que se lo conoció masivamente) del mismo modo. No obstante, una aureola de esplendor permanece no tanto por su figura legendaria sino por la reserva de sentido que continúan entregando sus poemas. El aura de Ortiz aparece mencionada en el título que reúne todos sus libros. Pero también sus poemas, aéreos y fluviales, inscriben esa huella en cada acto de lectura. Sus textos promueven interrogantes, pensamientos paradójicos y márgenes de sentido que los vuelven piezas en movimiento.

- 2 La reedición de su *Obra completa* se debe a la labor conjunta de las universidades del Litoral y de Entre Ríos. La tarea de reunir sus libros, organizar los textos inéditos, seleccionar los textos críticos, redactar las notas explicativas acerca de cada libro es realmente admirable. El libro consta de textos liminares de Olvido García Valdés y Marilyn Contardi; también de una pormenorizada introducción de Sergio Delgado que traza una cartografía de lectura. En el segundo tomo hay trabajos críticos de Edgardo Dobry, Agustín Alzari, Fabián Zampini, Santiago Venturini y Miguel Ángel Petrecca. Son trabajos rigurosos y sensibles que examinan distintos aspectos de la obra de Ortiz. Se añaden un breve texto de José Carlos Chiaramonte acerca de unas traducciones de Juan L. Ortiz y una cuidada biografía crítica preparada por Mario Nosotti. Esta publicación, a diferencia de la anterior del año 1996, editada en un solo volumen, se divide en dos tomos. El primero reúne sus libros de poemas (*En el aura del sauce*); el segundo, denominado *Hojillas*, recopila su correspondencia y sus traducciones; también hay poemas inéditos, reseñas y ensayos no compilados en libro, y el denominado *Protosauce* que congrega sus textos de juventud. Además se reproducen ensayos sobre el autor ya publicados en la primera edición y una enumeración de una considerable bibliografía crítica.
- 3 A pesar de que la obra de Juan L. Ortiz es vasta, la imagería poética y el ritmo caracterizan un tono desde el principio. La lengua de Juanele comprende distintos procedimientos y un sistema lexical que registra lo tenue en términos de intensidad. Es paradójico, pero la levedad del mundo es percibida por el autor como un estado del espíritu y los sentidos son descubiertos en su faz más potente. La enunciación se refiere al paisaje en forma de tentativa y aproximación. Por ese motivo, como explica el crítico Fabián Zampini, en esta poesía el uso de vocablos como “casi”, “quizás”, “tal vez” pone en cuestión cualquier afirmación taxativa.

- 4 La música es un modo del pensamiento en Juan L. Ortiz. Opera como una fluencia mental que cuestiona el carácter instrumental del lenguaje. También el tratamiento de la mirada sobre aquello que nos rodea es particular. Miramos pero también la naturaleza nos mira (“la minuciosa mirada del agua”) y hasta nos habla (“lo que el pajonal ha de decir”) en una suerte de intercambio y continuidad entre las cosas del mundo. La “hermandad” de todas las criaturas resulta una utopía y una aspiración universal a partir del resplandor de la materia. Esa “ronda cósmica” derogarí cualquier imposibilidad de encuentro. La naturaleza parece observarnos con autonomía visual, sin circunspección y con la voz silenciosa que invita de manera hospitalaria a reconocer el mundo como una zona de incertidumbre. En el caso de Ortiz, la incertidumbre no es una forma del desasosiego sino una apertura al misterio y una expansión de lo vital. De allí que los recursos característicos de la poesía de Ortiz sean los puntos suspensivos, el uso de comillas que rozan la ambigüedad, las formas apelativas, las preguntas imprevistas y los signos de interrogación en diferente grado, ya sea en el uso regular de apertura y fin de la oración, ya sea tan sólo en su cierre. También la ilación progresiva del poema se va desintegrando en digresiones y afluentes. Estos procedimientos ponen de manifiesto un tono característico. Lejos de afirmar el statu quo de la lengua, estos recursos la ponen en crisis en dirección a una zona aún inaudible. Por lo tanto, esa ambivalente y extraña música verbal derivada de recursos específicos nos traslada al territorio de lo inesperado y de lo no percibido aún (“Escuchad el canto”). No por nada el vocablo “zona” -concebido como un sitio a ser explorado- aparece en algunos de sus textos. La poesía es una presencia secreta capaz de indagar aquello que sucede al margen de lo previsto.
- 5 Interrogar y observar. Estas acciones atraviesan la poesía de Ortiz y la definen. Por un lado, la naturaleza nos interroga y, por otro, nos mira. “¿Qué nos pregunta el vago / horizonte?”. En este caso, el poeta personifica a la lejanía y le otorga un rasgo borroso. Al predicarlo vago, indeterminado, plural, el sujeto poético propone en la pregunta formulada la posibilidad de una respuesta nueva: reconocer en el horizonte otra oportunidad. En ocasiones, el horizonte tiene una impronta social: “Pero yo sé que un día verás, oh hermano mío, en el horizonte, / temblar, bajo el rocío, para ti, limpios jardines...” El horizonte es literal, y también un modo metafórico de nombrar el futuro utópico. Las preguntas insisten en estos poemas como si apelaran a una indagación íntima acerca del entorno. *Mirar* en los poemas de Juan L. Ortiz, entonces, es un reconocimiento que se da entre los individuos y su hábitat. Un mutuo reconocimiento, sí, pero también una recíproca interrogación acerca del misterio mundano que se concibe como un retorno natural a un instante de plenitud e irradiación: “Mas de improviso / se libera la congoja”.
- 6 Sin concebir a la poesía como un instrumento aleccionador y doctrinario, se percibe en la poesía de Juan L. Ortiz una dimensión política que cuestiona un sistema social opresivo: las “formas sensibles” procurarían una “unidad” en la diversidad “para que las cosas no sean mercancías”. El carácter político de la poesía de Ortiz tendría, al menos, dos componentes. Por un lado, el insoslayable registro lírico reconoce en la intemperie la singularidad de las criaturas que habitan el paisaje. Por otro, en el contexto de una cadencia ligera aparecen fragmentos de vidas anónimas que dan cuenta de un espacio ocupado por la desolación y la injusticia: “Y vi otros rostros, oh sí, vi infinitos rostros / de niños envejecidos en el horror de otra pesadilla. / Los rostros de los niños de los infiernos helados de las ciudades y los pueblos. / Los rostros de los

niños, ay, de los campos, y de las orillas de los ríos. / Los rostros también afinados por el hambre, grotescamente afinados”. A pesar del horror y la presencia del mal encarnado en la injusticia, surge la esperanza de un eventual canto compartido: “Cantemos la vida nueva / que espera a estos hombres / y a estas mujeres silenciosas”. Como explica Agustín Alzari, fuera de los modelos de la poesía social de su época, sus versos se suspenden en un lugar intermedio entre lo asertivo y lo interrogativo y se alejan del tono grave. El uso de la forma apelativa define el carácter político de la poesía de Ortiz.

- 7 El misterio que proviene del silencio, más que un velo es una fuerza. Es paradójico y también un oxímoron. La antítesis como recurso suele aparecer en los poemas de Ortiz, pero no como oposición sino como espacio donde se disuelven todas las contradicciones. El “silencio del canto”, el “nocturno en pleno día” proveen la dicha que excede el tiempo monocorde y, de ese modo, el instante se vuelve un punto de expansión que atraviesa el poema en su extrema delicadeza. Perderse en ese punto — demora y recreo— es un acontecimiento decisivo al que Ortiz llamará “la hora del don”. Esa experiencia poética supone la condición social del poema: la experiencia del asombro es un modo de participar anónimamente en el orden de un canto colectivo. La figura de la hipérbole en adjetivos que refieren lo mínimo reenvía al universo de lo efímero y lo momentáneo: “fragilísima”; “calladísimas”; “tenuísimo”. La oscilación entre la fugacidad del mundo y su percepción se desvanece al modo de la alquimia. Los poemas de Ortiz exploran esa disolución y también los intersticios previos al contacto perceptual. Por eso esta bellísima poesía sigue nombrando amorosamente el paisaje con una fuerza material a punto de evaporarse.

AUTORES

CARLOS BATTILANA

Universidad de Buenos Aires
carlosebattilana@gmail.com